traba parte en el proceso y reclamaba á Fanny como hija suya. ¡Un tercero en discordia!

Esto les hizo reir.

—¡Tiene gracia! —exclamó Ducroc.—¡La chiquilla es blanca como un cisne, y el morenito ese quiere que sea suya!

Pero el abogado de Bernillón, que era hombre de una gran práctica, les dijo que no era cosa de risa, que los derechos de Baba parecían fundados, y que era probable que el tribunal los tuviese por buenos. Los dos amigos no volvían de su asombro.

VI

Y sin embargo, no había nada en ello que no fuese perfectamente legal. Para convencerse, basta saber lo que había ocurrido entre Cristina y Baba.

Cuando se va en busca de fortuna á París, por encima de las ventajas de una muchacha bonita deben colocarse las de ser negro... un negro hermoso, se entiende, muy negro y muy lustroso.

Baba había logrado entrar enseguida como lacayo en uno de los más ricos hoteles de la Calzada de Antin.

Cristina, en su calidad de blanca, no había podido encontrar más que una guardilla y un poco de trabajo de costurera. Estropeándose los ojos y los dedos, lograba ganar unos quince sueldos diarios. Esto era mezquino.

Baba iba á verla. No dejaba de hablarle de su amor; pero ella no quería escucharlo ya. La curiosidad que le había inspirado habíase trocado en indiferencia cuando menos. Y, sin embargo, estaba en la miseria, mientras Baba tenía siempre, además de sus galoneados sombreros, algunos escudos en el bolsillo. El negro la socorría dándole parte de su salario. En una palabra, fué tan bueno, tan sumiso, tan amante, que un día Cristina consintió en casarse con él, con la condición de que reconociese á Fanny.

Que explique quien pueda esta resolución. Fastidio, gratitud, cariño maternal, capricho ó cansancio, ella misma no habría podido decir á impulso de cuál de esos sentimientos modificaba su conducta. Baba, por su parte, saltaba y brincaba de alegría. Hízose la boda, y en el Registro civil fué consignada al mismo tiempo un acta formal de reconocimiento de la hija.

Con objeto de tener á Cristina bajo su vigilancia, Baba logró que la admitiesen de doncella en el hotel donde él servía. Por desgracia, el propietario del hotel tenía un hijo de veinte años, que se enamoró de Cristina y desapareció una noche con ella. Baba, en vez de

ser compadecido, fué puesto de patitas en la calle por el padre, en castigo de no haber cumplido mejor sus deberes de marido.

Entonces se puso á buscar á la infiel. Un marido que busca á su mujer, no inspirará jamás en Francia más que ganas de reir, y con más razón si el tal marido es un negro. Por todas partes donde preguntaba noticias, encontraba risas y chacota. Harto ya, entró á servir en otra casa.

Un día iba de pie en la trasera del coche de su nuevo amo, cuando al pasar por la avenida de los Campos Elíseos vió á Cristina que se pavoneaba elegantemente vestida, en un lujoso carruaje. De un salto se puso en el suelo, detuvo los caballos del carruaje donde iba su mujer, tiró al cochero del pescante, y en menos de un decir Jesús tuvo á su mujer cogida por el moño. La infeliz lanzaba gritos desesperados. Acudió gente y la arrancaron maltrecha de sus manos. El negro fué detenido y conducido á la prevención.

Ante la justicia hizo valer sus derechos de marido, y sólo lo condenaron á seis días de cárcel.

Un inglés que lo vió en el banquillo de los acusados ante el tribunal de policía correcio-

nal, lo encontró de su gusto y quiso llevarlo á su servicio. Hízole ofrecimientos; Baba los aceptó y salió inmediatamente para Londres. El inglés era aficionado á los viajes. Baba viajó.

Y así fué que no supo su viudez hasta seis meses despues de la muerte de su mujer.

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE JALISCO

VII

Su intervención cambió radicalmente la fisonomía del pleito.

Hiciéronse nuevas diligencias.

Luego llegó el día de la vista, y Baba quiso acompañar á su abogado.

—Guardaos bien de semejante cosa—le dijo éste,—porque lo echaríais todo á perder.

—¿Por qué?

—Por el color de vuestra piel.

—Caballero, el color de mi piel es excelente—respondió con orgullo;—no destiño.

—Es verdad; pero comprenda que... la diferencia...

—La chiquilla es la que tiene mal color.

—Desde vuestro punto de vista, sí... Pero os ruego que no os presentéis... Os blanquearé lo mejor que pueda.

—No quiero que me blanqueen.

No hubo medio de hacerlo ceder.

—¡Bah! Después todo—pensó el abogado,—ennegreceré á la chiquilla, y lo mismo da.

Las sesiones de la vista fueron muy notables. El asunto había hecho ruido, y los periódicos de París se ocuparon en él extensamente.

El tutor rechazaba á Baba, como había rechazado á Ducroc y á Bernillón. Desde ese punto de vista era un auxiliar para Ducroc. El abogado de éste sostuvo, fundándose en la historia natural y en la antropología, que había en la causa imposibilidad física de paternidad, y, por consiguiente, imposibilidad legal. En apoyo de su tesis exhibía á Fanny, á la cual había llevado á propósito, y hacía contrastar su blancura con el color negro de Baba.

Pero el abogado de éste se mantuvo en sus trece. Fué inflexible en los principios. La legitimación por matrimonio subsiguiente equivale al nacimiento de legítimo matrimonio. La regla *Pater is est* no admite excepción. El orden público, la sociedad entera estaban interesados en este asunto. ¡Qué peligros no vendrían si el sistema de sus adversarios

prevaleciese, si la justicia se fijase en una cuestión de color! Pronto veríamos á todos los maridos morenos negar la paternidad á los chicos rubios que dieran á luz sus mujeres. Por fin, se aprovechó también de los caprichos de la naturaleza, y habló de la ternera de dos cabezas y de los hermanos siameses.

El alegato produjo grandísimo efecto. El tribunal, en una sentencia bien razonada, dió la razón á Baba.

—¡Eso es una monstruosidad!—exclamó Ducroc.

—¡Una ignominia!—dijo Bernillón.

—¡Un negro padre de Fanny!

—¡Qué estupidez! Pero ello es, amigo mío, que nos hemos arruinado... Los gastos del pleito habrán acabado de dejarte sin un céntimo... ¿Qué vas á hacer ahora?

—Yo me voy de este pícaro país, donde los derechos más sagrados, los de un padre sobre sus hijos, son desconocidos... Me vuelvo al Brasil para rehacer mi fortuna... ¿Me acompañas?

—No; hago otra cosa mejor. Baba, nuestro adversario, que tenía más motivos para creerme el verdadero padre, ha agradecido

mucho que yo haya renunciado mis derechos. Voy á hacerme amigo suyo.

—¡Amigo de un negro!

—No hay colores. El tribunal lo ha declarado así en su sentencia... muy razonada por cierto... Adios, Ducroc.

—¡Adios, Bernillón!... Pero no olvides que el padre soy yo.

—No; soy yo, y ya no me separaré de mi hija.

Y no se separó de ella, porque, como había dicho, fué amigo de Baba, amigo fiel, que le ayudó á comerse la fortuna que había dejado Cristina, cuando la pequeña Fanny, la hija de tres blancos y un negro, se fué al otro mundo.

FIN

EDUARDO PORTU SUCESOR
31 AGO. 91
MEXICO.

BIBLIOTECA PUBLICA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
DEL ESTADO DE JALISCO

BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE JALISCO

PQ2193
.B7
M48
156254
FHRC

AUTOR
BELOT, Adolphe

BIBLIOTECA PUBLICA
ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE PUEBLA
EL ESTADO DE PUEBLA